

baños, brotando todos de una vez y pastando juntos. Aquí, de entre el tupido césped nacia la ternerueta; allí asomaba el flavo leon y se asia de sus garras para dejar libre el resto de su cuerpo, saltando cual si hubiese roto sus ligaduras y sacudiendo su áspera melena; y la onza, el leopardo, el tigre, levantaban la tierra, como el topo, escarbando á su alrededor y formando montecillos. El ágil ciervo sacaba de debajo del suelo la enramada de su cabeza, y Behemot ¹, el más voluminoso engendro de la tierra, podia apenas desembarazar de la que le cubria su pesada mole. Balandos y vestidas de sus vellones, despuntaban, á manera de plantas, las ovejas; y entre el agua y la tierra se mostraban indecisos el caballo acuático y el escamoso cocodrilo.

» Bullia á la vez todo cuanto se arrastra por la tierra, insectos ó gusanillos, los unos agitando los flexibles abanicos de sus alas y decorando sus diminutos contornos con los pomposos blasones del estio, esmaltados de oro y de púrpura, de verde y azul; los otros prolongando como una linea su estrecho cuerpo, y marcando en la tierra su sinuosa huella; y no son estos los seres más pequeños de la naturaleza. Algunos, de la especie de las serpientes, prodigiosos por su longitud y corpulencia, enroscan sus pliegues anulosos y se añaden alas. Es la primera la económica hormiga, próspera de lo futuro, que en un pequenísimo pecho encierra un gran corazón, modelo quizá de la perfecta igualdad de algun día, y que logra establecer en comun sus populares tribus. Aparece en seguida el enjambre de la abeja hembra, que alimentando con delicioso manjar á su holgazán esposo, construye de cera sus celdillas y deposita la miel en ellas. Los demás son innumerables. Conoces la naturaleza de cada uno, los nombres que tú mismo les has dado, y no tengo necesidad de repetirtelos. Conoces asimismo á la serpiente, el animal más astuto de cuantos se crían en los campos, de desmedida longitud á veces, con sus ojos de bronce, y la terrible cresta que lleva por cabellera, aunque lejos de serte á ti nociva, se somete dócilmente á tu voluntad.

» Mostrábase ya en la plenitud de su esplendor los cielos y giraban movidos por el impulso que les comunicó al principio la mano de su gran Motor; ricamente ataviada se sonreía la tierra, contemplándose ya perfecta; veíanse poblados el aire, el agua, la tierra, por las aves, peces y animales, que volaban, nadaban y caminaban; y sin embargo no estaba aún completo el sexto día.

¹ Del Behemot y el Leviatan se habla en el libro de *Job*. El primero parece ser el elefante y el segundo la ballena.

Faltaba la obra maestra, el sér para quien todo aquello se habia creado, la criatura que sin encorvarse, sin ser bruto como las demás, dotada de la santidad de la razon, pudiese erguir su cuerpo, alzar su frente serena, avasallar todo y conocerse á sí mismo; pudiese elevarse magnánimo para desde aqui comunicar con el cielo sus pensamientos, y lleno de gratitud, reconocer la fuente de donde todo su bien emana, y con espíritu devoto, dirigir su corazón, su voz y sus miradas, adorando y tributando culto al Supremo Dios, que hizo de él la primera de sus obras. Por lo que el Omnipotente y Eterno Padre (que ¿dónde deja de estar presente?) habló así á su Hijo, siendo oído de todo el mundo:

«Hagamos ahora al Hombre á nuestra imágen y semejanza; y que reine sobre los peces del mar y los pájaros del aire, sobre las bestias del campo, sobre la tierra, en fin, y los reptiles que se arrastran por el suelo.»

»Y esto dicho, te formo á ti, Adán, á ti, Hombre, polvo de la tierra, é inspiró en tu aliento el soplo de la vida, y te creó á su propia imágen, á imágen del mismo Dios, y quedaste hecho alma viviente. Te creó varón, y para perpetuar tu raza, creó hembra á tu compañera. Y bendijo al género humano, diciendo: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra. Dominadla, y extended vuestro dominio sobre los peces del mar y los pájaros del aire, y sobre todos los seres vivientes que se mueven sobre la tierra, donde quiera que hayan sido creados, pues no se ha dado aún nombre á region alguna.» En seguida, como sabes, te trasladó á esta deliciosa morada, á este jardín plantado con los árboles de Dios, no ménos gratos á la vista que al paladar, y liberalmente te concedió todos sus sabrosos frutos por alimento. Aquí están reunidos en infinita variedad cuantas especies hay de ellos sobre la tierra; pero del árbol cuyo fruto lleva en sí el conocimiento del bien y el mal, debes abstenerte, porque el día que comas de él morirás; la pena que tienes impuesta, es la muerte. Sé cauto, y enfrena cuidadosamente tu apetito, para que no te sorprenda el pecado, ni su negra compañera, la muerte.

»Aquí terminó Dios su obra, y contempló todo lo que habia hecho, y vió que todo era perfectamente bueno; y así la noche y la mañana completaron el sexto día; y el Creador, que cesó en su obra, no porque estuviese cansado, regresó á su mansion sublime, al cielo de los cielos, á lo más alto, para ver desde allí aquel mundo nuevamente creado, aditamento de su imperio, y qué aspecto ofrecia desde su trono, y cómo en bondad y en hermosura correspondia todo á su grandiosa idea. Y se remontó entre universales aclamaciones, al sonoro compás de

diez mil arpas que rompieron en angélicas armonias: la tierra y los aires las repitieron (y tú las recordarás, pues las escuchaste); los cielos y las constelaciones todas se hicieron sus ecos, y los planetas detuvieron su curso para oirlas, mientras la brillante pompa seguia ascendiendo, extática de júbilo.

«¡Abrios, eternas puertas!» iban cantando: «Cielos, abrid vuestras vivientes puertas, y entrará el Creador glorioso, que vuelve, terminada ya su obra magnífica, su obra de seis días, el Mundo! Abrios de hoy más con frecuencia; que Dios se dignará de visitar á menudo la morada de los hombres justos, y se complacerá en ello, y enviará á ella con repetidos mensajes á sus alados nuncios, portadores de su suprema gracia.»

»Así en su ascension cantaba el glorioso séquito; y atravesando los cielos, que abrian de par en par sus refulgentes puertas, caminaba el Creador derechamente á la eterna mansion de Dios: suntuoso y ancho camino, en que el polvo es oro y la calzada de estrellas, como las ves en la galaxia ó via láctea que descubres por la noche, á la manera de una zona tachonada de estrellas.

»Extendíase entonces por la tierra del Eden la noche séptima, pues el Sol estaba en su ocaso, y asomaba por oriente el crepúsculo precursor de la oscuridad, cuando llegó á la santa montaña, suprema cumbre del cielo, trono imperial de la Divinidad, por siempre firme é incontrastable, el poderoso Hijo, y tomó asiento con su augusto Padre. Él tambien habia asistido invisible, aunque sin moverse (que tal es el privilegio de la Omnipotencia) á la ordenada obra, como principio y fin de todas las cosas; y reposando del trabajo, bendijo y santificó el día séptimo, como quien en él descansaba de todo lo hecho; pero no lo santificó en silencio: el arpa cumplió su oficio, y no suspendió sus sonos; el tubo dulce y solemne, el órgano con todas sus armonias, cuantos sonidos salen de la vibrante cuerda ó el hilo de oro, acordaron sus suaves tonos, acompañados de voces, ya unisonas, ya contrapunteadas; y las nubes de incienso que se desprendian de los áureos incensarios, velaban la montaña toda. Celebraban la Creacion y la obra de seis días.

«¡Grandes ¡oh Jehová! son tus obras, y tu poder infinito! ¿Qué pensamiento puede comprenderte, ni qué lengua expresar tu grandeza? Con más gloria vuelves ahora, que cuando volviste vencedor de los ángeles gigantes. Tus truenos aquel día mostraron tu poder; pero hoy eres Creador, y el crear es más que destruir lo creado. ¿Quién puede igualarse á ti, Omnipotente Rey, ni poner limites

à tu imperio? Fácilmente debelaste la soberbia de los espíritus apóstatas, y aniquilaste su vano empeño: presumieron los impíos amenguar tu fuerza y apartar de ti los innumerables adoradores; pero el que intenta contrariar tu poder, labra su propia ruina, y sólo consigue realzarlo más; que con sus mismas armas le castigas, y del exceso del mal haces un bien mayor. Testimonio es de todo, ese mundo, recién formado, ese otro cielo, no distante de las celestiales puertas, fundado à nuestra vista sobre el claro cristal, sobre el transparente mar, de extension casi infinita, poblado de multitud de estrellas, cada una de las cuales sea quizás un mundo dispuesto para habitarse, aunque tú solo sepas en qué sazón. En medio se halla la mansion de los hombres, la tierra, con el Océano inferior que la circuye, morada llena de encantos. ¡Dichosos una y mil veces los hombres, y los hijos de los hombres, à quienes Dios tanto ha privilegiado, creándolos à su imágen, para que habiten en esos lugares, le rindan culto, y en recompensa dominen sobre todas sus obras, sobre la tierra, la mar y el aire, y multipliquen la raza de sus santos y justos adoradores! ¡Mil veces dichosos, si comprenden su ventura y perseveran en la virtud!»

»Esto cantaban, resonando por todo el Empireo las voces de ¡aleluya! Y así fué solemnizado el sábado.

»Creo haberte satisfecho ya en lo que deseabas. Sabes cómo empezó este mundo, el origen de cuanto en él existe, y lo que desde el principio se hizo anterior à tu memoria, para que la posteridad, informada por ti, tenga de todo conocimiento. Si más pretendes saber, con tal que no exceda à la humana capacidad, manifiéstalo.»

LIBRO OCTAVO

ARGUMENTO

Adán hace algunas preguntas sobre los movimientos celestes, à las que contesta el Ángel con palabras dudosas, aconsejándole que procure informarse de cosas más dignas de saberse. Persuádese de ello Adán; pero deseoso de tener à Rafael más tiempo consigo, le refiere todo lo que recuerda su memoria desde que fué creado, y cómo entró en el Paraíso; su conferencia con Dios respecto à la soledad y à la compañía que pudiera convenirle; su primer encuentro y su desposorio con Eva; y prosigue discurrendo sobre este punto con el Ángel que despues de hacerle algunas amonestaciones, regresa al cielo.

Suspendió el Ángel su relato, y tan dulce impresion dejaron sus palabras en los oídos de Adán, que por algun tiempo, creyendo estarle oyendo todavia, permaneció inmóvil y atento; hasta que por fin, como quien de pronto vuelve en sí, le dijo en tono de agradecido:

«¿Cómo podré mostrar el debido reconocimiento ni corresponder à la merced que me has dispensado, divino historiador, satisfaciendo cumplidamente el anhelo que tenia de instruirme, y llevando tu amistosa condescendencia hasta el punto de revelarme cosas que jamás hubiera podido adivinar? Con asombro, pero con gran deleite, las he escuchado, y atribuyo al Sumo Hacedor toda su gloria, como es debido. Quédanme, sin embargo, algunas dudas que únicamente tú puedes resolver; porque cuando contemplo esta admirable fábrica, este mundo compuesto de cielo y tierra, y calculo su magnitud, la tierra me parece un grano de arena, un átomo, comparada con el firmamento y todos sus numerosos astros, y que estos recorren espacios incomprensibles, de lo cual son prueba su distancia y su breve reaparicion diurna. Pero ¿es posible que no tengan otro oficio que difundir la luz al rededor de esta opaca tierra, de este diminuto globo, formando el dia y la noche, y que su vasta carrera atienda à objeto tan poco útil? Cuando en esto pienso, me maravillo de que la Naturaleza, tan pròvida y sàbia, incurra en semejantes desproporciones; que con tan pròdiga mano haya creado y multiplicado esos sublimes cuerpos, sin otro fin, al parecer, y que les imponga tan